

La música del gatuperio

Casa de furia

EVELIO ROSERO

Alfaguara, Bogotá, 2021, 376 pp.

HAY INDICIOS de que un escritor nocturno, un bizarro habitante de las bahías de la risa y de lo grotesco, cada tanto sale de su existencia catacumbal. Escritor de grutas, fabulador de astros, de escombros domésticos, zoólogo de animales monstruosos, cósmicos y cómicos, botánico de venenos raros y nobles, Evelio Rosero ha tenido hasta hoy, al parecer, una vida literaria periférica, por fortuna. Signo seguro de que ha vivido en el centro, y de que tanta literatura “ciudadina” o “urbana” o como quiera llamársele, agradable y amable y loablemente inútil, constituye nada más que la chabola de aquel centro, adjetivos todos que, semejantes a callejuelas ciegas, apenas rozan aquella ausencia regia, el disimulo umbrátil de una desmesura.

Desde *Juliana los mira* y *Mateo solo*, sus dos primeras novelas, pasando por *El incendiado* y *Las muertes de fiesta*, el autor ha erigido un universo multiforme y concupiscente, empavonado en un tejido verbal, que semejante a un *contrapunctus* musical barroco envisca el oído y dibuja óseos contornos que espectralizan la identidad de sus personajes, en un *fugato* continuo aspirante a la coloración de sus deseos, a la concreción de la carne.

Y ahora *Casa de furia*, la última novela de Rosero, podría ser una síntesis de aquel universo, de aquel mundo. Y el mundo de Rosero es y no es mundano. Y aunque sus personajes no imitan la vida, pero la vida sí los persigue, aspiran a entrar en esta por querencia propia, a penetrarla y poseerla, a pesar de las contrariedades y avatares de cada cual. Este bogotano criado en Pasto es un narrador de amenas locuras consoladoras, amigable y popularmente pedagógico, asimismo noble y generoso. Y se tiene la impresión de que Rosero ha despertado, ha nacido en el interior de un universo autónomo y vagamente habitable, uno al mismo tiempo grandioso, furtivo, turbio y estupefactivo. Allí nos suceden milagros que despiertan la risa; pero empapados de una

potencia sórdida, aparecen signos tan amenazantes como enigmáticos.

Colombia, a fin de cuentas.

Dicho esto, observemos el centro de gravedad de la novela.

Toda la novela sucederá en un solo día, rebobinando la historia de cada personaje.

Nacho Caicedo y Alma Santacruz van a celebrar su aniversario de bodas y darán una fiesta con la que botarán la casa por la ventana. Allí estarán sus hijas, que son Uriela y sus hermanas, las cinco bautizadas con nombres de países y ciudades, según el lugar donde habían sido concebidas por la pareja celebrante: Francia, Lisboa, Armenia, Italia y Palmira. Allí estarán el jardinero Lucio Rosas, la empleada doña Juana, Marino el celador, el tío Jesús y los sobrinos de Alma; estarán los tinterillos pertenecientes al mundo del magistrado Nacho, y también estarán dos curas pederastas en la impunidad. Tampoco faltará un mago con tendencia al estupro.

En suma, la comitiva invitada será larga y extensa, un rosario de gente digno del catálogo de las naves de la *Odisea*. En efecto, Rosero engrana en distintos pasajes una lista de la gente invitada con sus nombres y apellidos, más bien hilarantes e ingeniosos, que caracterizan a cada cual. Y, de manera semejante a lo que sucede en ciertas novelas de Dostoievski, donde en algún momento todos los personajes se encuentran en un mismo espacio con excesiva contigüidad y elevan sus tensiones hasta construir un clímax dramático, en la casa de los Caicedo Santacruz veremos a todo el mundo celebrando, desde invitados hasta colados. Esto es, la casa es el dispositivo, la máquina por donde entra y sale cada personaje. Pero la única diferencia, el único detalle distinto a tal efecto de la obra del ruso, es que en *Casa de furia* se vive en perpetuo clímax y tensión, en una suerte de polifonía biográfica, y la tensión del arco narrativo tiende a buscar el descenso, la resolución. De este modo, la mayoría de personajes viene, va o está en alguna peripecia, tiene ciertas intenciones o un pasado oscuro, pero sobre todo Eros es un dios demasiado activo entre ellos.

Por otra parte, los guiños barrocos de Rosero son variados, pues en distintos pasajes se hace referencia al teatro inglés. Por ejemplo, al hablar

del almuerzo, el narrador nos dice que “parecía un pequeño teatro isabelino donde la mesa era el escenario y Nacho Caicedo el actor principalísimo: de un momento a otro daría inicio a la tragedia” (p. 150). Y otro procedimiento barroco de la novela es la mascarada: los modos en que Rosero juega con las expectativas narrativas mediante fintas, con efectos de esperpento, de hipérboles, un narrador afecto a la sutileza del oxímoron, así sean unos pocos casos al principio, con ilusiones y artificios donde no todo es lo que parece. Y un último elemento, que acaso pertenece no solo a la tradición barroca sino a toda la literatura, pero que se acentúa en ciertos pasajes y tiene un sabor popular, es el elemento gnómico: los narradores y personajes de *Casa de furia*, lo mismo que en el resto de la obra de Rosero, juegan y deforman sentencias, máximas, refranes y otros juicios relativos a la conducta humana.

En este sentido son notables dos personajes centrales de la novela. El primero es el tío Jesús, hombre de bajo perfil y agudo humorismo que cayó en desgracia tras haber vivido en plena bonanza en un pasado remoto y haber ayudado a la familia, que ahora lo desdén sin el menor respeto ni agradecimiento; personaje emparentado con el bufón, con el tonto, que en su claroscuro dice la verdad por inversiones y agudos diálogos con toda la comitiva. Y el otro personaje es Uriela, una chica precoz y voraz lectora desde la infancia, que se siente atraída por otra chica en algún momento. Tal vez Jesús y Uriela son puntos de mira del narrador, son una constante rumia perspectivista que desplaza la narración.

Pero uno de los mayores logros de Rosero es aquel elemento que tanto escasea en la literatura contemporánea: la ambigüedad de la mayoría de personajes, con sus luces y sombras, con la corrupción y la violencia, con las pasiones y gatuperios de la fiesta, que van y vienen como si la casa fuese una metáfora de nuestro país, al son de la música de Cecilio Diez y la Malapulgas Band, que parecen tocar una música del gatuperio. Y acaso uno de los reproches que se le puede hacer al autor es que su oído, su variedad sintáctica y su ritmo son tan virtuosos y diversos a lo largo del libro, que alguna persona puede aburrirse por la

monotonía de su diversidad, o por la falta de algún espacio monocromático en su abigarrado mundo.

Esperemos felices más libros de Rosero y de otras plumas que tengan esa variedad, esa capacidad y manejo del lenguaje, una literatura que logre producirnos aquello a lo que se refería el escritor argentino Marcelo Cohen: “[...] esa agitación general conjunta de pensamiento, memoria, sentimiento y sentidos que significa la expansión de la conciencia”.

Diego Castillo